

## FORMACION PARA LA VIDA DE OCIO DEL TRABAJADOR

La moderna organización del trabajo, permite al trabajador disponer de un tiempo libre cada vez mayor. Pero, en general, el trabajador no está preparado para emplear ese tiempo en actividades auténticamente placenteras y enriquecedoras de la personalidad. Es necesario prepararlo. Y esta preparación es, sobre todo, cuestión de educación.

Todos somos trabajadores, cualquiera que sea la actividad predominante a la cual dediquemos nuestra vida. Sin embargo, en el concepto corriente, llamamos «trabajador» a quien está dedicado a profesiones técnicas en las que hay un predominio de la actividad física sobre la espiritual. A este trabajador vamos a referirnos principalmente —no exclusivamente— en este artículo, porque, referido a él, tiene particular interés este problema de la formación para la vida de ocio.

### 1. *El ocio, problema pedagógico actual.*

Trabajo y ocio se entretajan en la vida del trabajador. Son el anverso y el reverso de la misma vida. El hecho de que al trabajador le llamemos así parece estar indicando que el trabajo tiene la parte más importante. Así ha sido y así es aún en la realidad actual. ¿Será siempre así?

Es un hecho, por de pronto, que el tema del ocio preocupa hoy a sociólogos, políticos, pedagogos, pastores de almas. Y con razón, puesto que está adquiriendo proporciones y características totalmente desconocidas en el pasado y se está formando en torno a él una problemática que requiere soluciones. No existía problema en la sociedad premaquinista porque no existía prácticamente el tiempo de ocio. No había una arista que dividiera las horas consagradas al trabajo y las horas libres. Al advenir la era industrial, se establece una dicotomía entre tiempo de trabajo y tiempo libre, aunque llevándose el primero la parte del león. La jornada de quince a dieci-

séis horas de trabajo, de principios del siglo XIX, excluía la posibilidad de dedicar el tiempo libre a otra cosa que al necesario descanso para una recuperación fisiológica. Pero hacia 1860 se generaliza en Estados Unidos la semana de sesenta horas, que a finales de siglo será implantada también en la industria europea. A partir de 1919, se establece la jornada de ocho horas. Y progresivamente se va reduciendo la semana a cinco días y medio, y aun a cinco días de trabajo.

Los sociólogos prevén para fechas nada lejanas —los acontecimientos llevan hoy ritmos vertiginosos— mayores reducciones en el tiempo de trabajo y los consecuentes aumentos en el descanso.

Es cierto que hoy día ese tiempo *liberado* queda a veces reducido o, mejor, corrompido —para emplear el término técnico que suele darse a este concepto—, con esa serie de tareas que van desde las pequeñas chapuzas hasta el doble empleo y ocupan a tantos hombres al final de su jornada ordinaria de trabajo. Pero cada día se va logrando una mayor ecuación entre tiempo liberado y tiempo libre, es decir, «tiempo exento de toda obligación y de toda necesidad, en el cual la persona, ejerciendo su capacidad de elección, trata de expresarse y de desarrollarse si el corte que tiene da de sí y dispone de medios»<sup>1</sup>.

Nos encontramos, pues, en la civilización actual con que, no ya aquel reducido sector de personas acomodadas, propietarias de los medios de producción, que eran los que en tiempos pasados vivían sin trabajar, sino la gran masa de la sociedad puede disponer de un tiempo de ocio.

¿Está esa masa preparada para utilizarlo? ¿Cómo lo utiliza de hecho? Engels formuló, el siglo pasado, unos juicios, muy traídos y llevados después, acerca del modo de reaccionar fuera del trabajo de los trabajadores de esta nueva era industrial. Refiriéndose al trabajo, dice:

«Nada hay tan terrible como verse obligado a realizar la misma cosa de la mañana a la noche, un día y otro día, y en contra de la propia voluntad. Y cuanto más hombre se siente el trabajador, más detesta su trabajo, puesto que se da cuenta de que se trata de una tarea impuesta que no responde a ninguna aspiración personal. ¿Por qué trabaja? ¿Porque ama su trabajo? ¿En virtud de una inclinación natural? En modo alguno. Trabaja para ganar dinero, para obtener algo que no tiene relación alguna con el trabajo en sí. La división del trabajo ha acrecentado considerablemente la in-

<sup>1</sup> G. FRIEDMANN, *Le loisir et la civilisation Technicienne*, «Revue internationale de sciences sociales», V. XII, 1960, p. 556.

fluencia envilecedora de la tarea forzada. En la mayoría de los casos, la actividad del obrero se reduce a una serie de gestos puramente mecánicos, repetidos minuto a minuto y durante años *sin que haya variación ninguna*»<sup>2</sup>.

La consecuencia de esta situación moral es, según el mismo autor, una fuerte tendencia a buscar compensaciones en la bebida y el desenfreno:

«El sábado por la tarde, dice, sobre todo cuando es día de paga y la jornada termina un poco más pronto que de ordinario, cuando todos los obreros, abandonando sus barrios miserables, se lanzan por las calles principales, puede verse cómo la intemperancia se manifiesta en toda su brutalidad...»<sup>3</sup>.

Junto a esta postura del que se abandona en sus momentos de ocio a impulsos violentos, destinados a compensar la monotonía embrutecedora de la vida de trabajo, está otra que el mismo Engels barruntaba ya:

«al volver de la fábrica, entra tranquilamente en casa, se derrumba sobre un diván, no participa en ninguna actividad colectiva, no lee nada, no vota, se arrastra en casa o en la calle, mira el espectáculo de variedades que se difunde cuando ya los niños se han acostado, y deja que los programas de televisión se sucedan en la pantalla porque está demasiado cansado y su actitud es demasiado pasiva para hacer una selección y para levantarse y hacer girar el botón del televisor. En una palabra, la costumbre de desinteresarse por el trabajo, le lleva a desinteresarse de la vida mental, y la pasividad que crea en él el trabajo, subsiste en las horas de ocio»<sup>4</sup>.

A estos dos tipos de actitud, Torqueville añade un tercero. Es la actitud de quienes se encierran en el pequeño círculo de familiares y vecinos y se dan al goce de una vida de menudos placeres, sin preocupación ninguna por valores superiores y de mayor alcance. Buscan y se acogen a un Estado tutelar y providente que garantice su seguridad, prevea y solucione sus necesidades, les facilite el goce y resuelva todos sus problemas, y viven como sumidos en una especie de servidumbre apacible, incompatible con la independencia y la confianza en sí que debe manifestar todo ser humano digno de tal nombre<sup>5</sup>.

No es preciso que sigamos el análisis de la vida creada en el mundo de los trabajadores por la revolución industrial. Esto basta

<sup>2</sup> Citado por WILENSKY, *Travail, carrière et intégration sociale*, «Revue internationale des sciences sociales», V. XII, 1960, p. 586.

<sup>3</sup> *Loc. cit.*

<sup>4</sup> WILENSKY, *loc. cit.*, p. 587.

<sup>5</sup> *Loc. cit.*

para dejar sentado que en la actual situación de progreso económico los hombres tienen ansia de diversión, de placer, de felicidad, pero no están debidamente dispuestos para conseguirlo con un adecuado empleo de sus horas de ocio. Sus reacciones tienden a desviarles de las posibilidades de una vida enriquecedora que desemboque en un elevado nivel cultural.

Tienen a su alcance multitud de medios técnicos teóricamente capaces de procurar la dicha apetecida. Pero en la práctica, esta dicha no se logra. Porque, como dice muy bien Friedmann:

«Los individuos no pueden trocar su tiempo liberado en placer auténtico, sino en la medida en que sean capaces de dominar y de utilizar para sus fines [en lugar de ser esclavizados por ellos] los innumerables instrumentos, máquinas y artefactos de la civilización técnica. Y, servirse de las técnicas y artefactos de modo que contribuyan, aunque sea sólo modestamente, a la realización de sí; de modo que favorezcan la higiene física y moral, el desarrollo de la propia personalidad; de modo que uno se sirva de ellos, en lugar de ser su esclavo, no es cosa tan fácil para la inmensa mayoría de los individuos en las condiciones concretas de su vida práctica. Sin duda es por falta de este arte de dominar las técnicas por lo que no están más difundidas en Estados Unidos y en Europa las señales positivas de la felicidad, aun entre las clases de elevado nivel de vida, y son en cambio tan notables y están tan extendidas las manifestaciones de desequilibrio, de pequeñas y grandes neurosis, de insatisfacción, y la necesidad constante de tóxicos variados»<sup>6</sup>.

Esta realidad de la insuficiente capacitación del hombre actual para la utilización de su tiempo libre es una realidad triste y lamentable, porque, como dice Dumazedier, «el que no aprovecha o no sabe aprovechar su tiempo libre, deja de ser un hombre cabal; viene a ser un ser subdesarrollado intermedio entre el hombre y la bestia de carga»<sup>7</sup>.

He aquí la razón de que nosotros, educadores, nos ocupemos de este tema. Es cosa nuestra. El mundo del trabajo nos interesa porque necesita tener buenos profesionales. Y a nosotros toca hacer que nuestros alumnos de hoy sean mañana buenos profesionales, no sólo en el sentido de que dominen las técnicas de su quehacer, sino también en el de que posean las virtudes humanas que necesitan poseer. Pero, además, nos interesa porque la vida del trabajador no se agota en el ejercicio de la profesión. Y a nosotros nos toca también cultivar ese aspecto de la vida fuera del trabajo, para que el

<sup>6</sup> G. FRIEDMANN, *loc cit.*, p. 554.

<sup>7</sup> Joffre DUMAZEDIER, *Problèmes actuels de la sociologie des loisirs*, «Revue internationale de sciences sociales, UNESCO, V. XII, 1960, p. 565.

ocio del trabajador no sea sometido al ritmo endiablado de la máquina, sino al ritmo de la vida humana; para que no sea un ocio de vértigo, sino de reposo; para que no devore bajo el signo de la técnica, sino que recree bajo el signo del hombre.

Desde nuestro punto de vista de educadores, vamos, pues, a intentar unas reflexiones que nos orienten respecto de nuestra función. La pedagogía del tiempo libre o del ocio deberá basarse en una serie de datos suministrados, entre otras ciencias, por la sociología, la psicología, la filosofía y la teología, principalmente. Ahora bien, tales ciencias no tienen esos datos suficientemente elaborados y, por consiguiente, no podemos pensar en una pedagogía acabada. Pero sí que podemos llegar a unos conceptos orientadores. Y eso es lo que pretendemos. Y, en primer lugar, es necesario que el educador tenga una idea precisa de lo que es el tiempo libre y del valor del ocio en la vida humana.

## *2. Concepto y valor del ocio en la vida humana.*

Ya hemos dicho que tiempo libre no es sólo el liberado del trabajo, es decir, el que queda después de haber llenado un horario de trabajo, sino el liberado de toda necesidad u obligación, sea profesional, sea familiar, social o personal. Porque el hombre, al margen de su trabajo, tiene una serie de obligaciones familiares, sociales o personales que ocupan una buena parte de su tiempo. Y una observación pedagógica importante es la de que se ha de dar a los jóvenes la conciencia de la necesidad de cumplir con estas obligaciones, porque ocurre que, por el ansia de buscar compensaciones a la parte penosa e ingrata del trabajo, se falta a menudo a ellas.

Pero, una vez cumplidas todas esas obligaciones, queda un tiempo totalmente liberado de necesidades: es un tiempo libre del que se puede disponer para dedicarlo al ocio.

¿Y qué es el ocio? Evidentemente, no es algo vacío, como el vulgo está inclinado a pensar.

Tampoco es algo que necesariamente se ha de llenar con vicio, como pudiera creerse cuando, haciéndolo sinónimo de ociosidad, se dice que la ociosidad es madre de todos los vicios.

El ocio, tal como nosotros lo entendemos, es algo lleno. Y se llena «con ese conjunto de ocupaciones a las cuales se entrega el individuo de grado, después de haber cumplido con sus obligaciones profesionales, familiares y sociales, sea para descansar, sea para

divertirse, sea para desarrollar su información o su formación desinteresada y su participación social voluntaria»<sup>8</sup>.

Es cierto que en este conjunto de ocupaciones pueden entrar actividades viciosas. Pero no necesariamente, ni mucho menos. Las actividades propias del ocio tienen una valoración auténtica. En el plano meramente humano, integradas en la vida total, tienen una triple función.

En primer lugar, tienen una función de *distensión*. En virtud de ella, liberan de la fatiga, reparan los deterioros físicos o nerviosos, provocados por la tensión consiguiente al cumplimiento de las obligaciones, especialmente —aunque no exclusivamente— del trabajo profesional.

La segunda función, la de la *diversión*, libera, sobre todo, del fastidio nacido de la monotonía y de la repetición de las tareas cotidianas del taller, la oficina o la fábrica. De E. Mayo a G. Friedmann, los sociólogos industriales han insistido en la necesidad de compensar diversos aspectos del trabajo moderno, mecanizado, especializado, monótono y repetido.

Finalmente, el ocio tiene una función de *desarrollo* de la personalidad: «Libera de las rutinas y estereotipos nacidos de la automatización o de la especialización de las prácticas cotidianas. Deja tiempo para cultivar, por el solo interés de cultivarlas en sí mismas, las capacidades del cuerpo y del espíritu. Permite completar y perfeccionar por el cine, la televisión, los coloquios o los cursos seguidos desinteresadamente, las aptitudes y conocimientos adquiridos, cuya evolución y superación está exigiendo la evolución constante de la sociedad»<sup>9</sup>.

En una palabra, el ocio ofrece grandes posibilidades de enriquecimiento de la personalidad humana.

Pero si de lo meramente humano pasamos al plano de lo religioso, el ocio adquiere nuevas perspectivas. Vemos, en efecto, que el ocio perfecto, que es actividad libre, se encuentra en Dios. Es en el seno de la Trinidad donde está el ocio auténtico, es decir, la actividad venturosa que realiza plenamente los diversos significados que atribuimos al verdadero ocio humano: es dicha, gozo, paz, amor, gloria, juego, comunidad, gratuidad, libertad. Dios crea y se reposa a un tiempo. Su actividad, porque es perfectamente libre y gratui-

<sup>8</sup> J. DUMAZEDIER, *loc. cit.*, p. 569.

<sup>9</sup> J. DUMAZEDIER, *loc. cit.*

ta, es actividad de juego, de ocio perfecto. Clavequin ve un signo, para nosotros, del carácter de ocio que tiene la actividad creadora de Dios, en el esplendor poético del mundo, que es hermoso, y no solamente útil<sup>10</sup>.

El hombre, por su parte, creado a imagen y semejanza de Dios, «está llamado a entrar en esta actividad venturosa de Dios que será, y debe ser ya desde ahora, una actividad de ocio»<sup>11</sup>. Sin el pecado de Adán, la actividad del hombre hubiera sido ocio perfecto. «El mismo trabajo hubiera estado penetrado de reposo, hubiera sido como una forma de juego creador, de arte sin la pena consecutiva al pecado, puesto que es el pecado el que, introduciendo la división en el hombre, ha introducido la dicotomía en su actividad y le ha obligado a querer por necesidad lo que no quería más que por natural inclinación»<sup>12</sup>.

Y redimido, el hombre tiene la posibilidad de acercarse a ese estado de actividad ociosa que perdió con el pecado. A eso aspira y a eso tiende con todas sus fuerzas. Y todas las actividades que en la vida del hombre se encuadran en la categoría del ocio, son como estadios que él va recorriendo en su afán de llegar al ocio perfecto.

«Todas son, en todas sus formas: reposo, arte, ciencia, viajes, ritmo, vida social, etc., como una figura del ocio auténtico; y el cristiano se complacerá viendo en ellas una imagen multiforme del único ocio esencial. Así el descanso, con su distensión y su capacidad de recreo, será una imagen del descanso fecundo en Dios. Y el arte en sus diversas e innumerables variedades ¿qué es sino una prefiguración de la libertad y de la fecundidad siempre nueva de la vida en Dios?»<sup>13</sup>.

Todo esto hace evidente la superior categoría del ocio, que es una categoría de fin, mientras que el trabajo no es más que un medio. De la misma manera que la contemplación es el fin al que conduce normalmente el trabajo de la ascesis. El ocio así entendido es superior al trabajo meramente impuesto, ya que es donde tiene lugar el acabamiento del hombre. Este concepto resulta un fuerte contrapeso que es necesario poner a la supervaloración del trabajo, a ese culto del trabajo como valor supremo del hombre, que ha llegado a tal extremo, que ha podido hablarse de «idolatría del trabajo».

<sup>10</sup> Cfr. CLAVEQUIN, *Essai sur la signification religieuse du loisir*, «Masses ouvrières», 175, junio 1961, p. 70.

<sup>11</sup> CLAVEQUIN, *loc. cit.*, p. 10.

<sup>12</sup> CLAVEQUIN, *loc. cit.*, p. 72.

<sup>13</sup> CLAVEQUIN, *loc. cit.*, p. 79.

La actual civilización, que proporciona al hombre tiempo libre para dedicarlo a esta superior ocupación que es el ocio y medios técnicos para facilitar las actividades que lo integran, logra una gran adquisición para la humanidad.

La situación de una humanidad entregada principalmente a actividades propias del ocio, liberada en gran parte de las necesidades del trabajo, ha de considerarse desde el punto de vista cristiano como un bien:

«es una forma de liberación de la pena del trabajo impuesta por el pecado. Y no está prohibido, sino que al contrario es para el hombre un deber tender a esta liberación, del mismo modo que ha luchado siempre contra la enfermedad, el trabajo y la muerte. Dios, dice Pío XII, *no ha querido prohibir y no ha prohibido que los hombres hagan la vida de este mundo más soportable y más bella. Si pueden aliviar el trabajo y la fatiga, el dolor, la enfermedad y la muerte, que lo hagan.*

»Esta liberación, en efecto, lejos de proyectar una sombra sobre la obra redentora sería en cierto modo fruto de la Redención y del amor creador de Dios»<sup>14</sup>.

Lo que importa entonces es que el hombre esté preparado para la utilización de esas posibilidades que la civilización le ofrece, para que el ocio, purificado de la escoria entre la que ha quedado aprisionado a consecuencia del pecado original, adquiera su significación cristiana auténtica. Que no está exento de peligros, y para ser utilizado según las normas del bien superior, se requerirá una educación adecuada y una acción pastoral eficiente.

Vamos a intentar, después de haber establecido ese concepto fundamental del valor del ocio en la vida humana, decir, sin descender demasiado a pormenores de orden práctico, en qué habrá de consistir una educación encaminada a preparar al futuro trabajador para integrar este valor en su propia vida.

### 3. *Educación para el ocio.*

Lo primero —en el orden lógico, se entiende— habrá de ser dar a los educandos una idea exacta y una valoración justa del ocio y de todas las actividades que lo integran. Nada de menosprecios y anatematizaciones indebidas, como si toda actividad placentera estuviera esencialmente viciada. Pero tampoco erigirla en ídolo al que se sacrifiquen los demás valores. Ocio y trabajo, en la realidad de esta vida terrena, se complementan, son los dos polos de una misma uni-

<sup>14</sup> CLAVEQUIN, *loc. cit.*, p. 83.

dad, y han de integrarse armónicamente. Por otra parte, no hay que olvidar que el ocio está expuesto fácilmente a la contaminación del pecado. Los instintos primarios, siempre dispuestos a reclamar su satisfacción, tienden a establecer un dominio absoluto, de lo que resulta la destrucción de la paz y del sosiego dichoso del ocio verdadero. Esto hay que inculcarlo bien en las conciencias de los educandos de este mundo actual: *no hay placer verdadero fuera de Dios, de su amor y de su santa ley*. Será siempre verdadero esto que dijo un día San Agustín: «El verdadero reposo está en la tranquilidad del alma. Ahora bien, la tranquilidad del alma depende de la buena conciencia; guarda verdaderamente el sábado quien no peca»<sup>15</sup>.

El caso de los pueblos nórdicos, que hemos visto enjuiciar reiteradamente en la prensa de estos últimos tiempos, es un ejemplo bien elocuente de cómo el bienestar que la técnica aporta a los hombres no produce por sí mismo la dicha. Estos pueblos, en efecto, que han alcanzado el más alto nivel económico y el standard de vida más elevado entre los pueblos civilizados, manifiestan una insatisfacción y un hastío de la vida que se hace patente en ese porcentaje de suicidios que supera al de cualquier otro país. La causa de esto —todos coinciden en ello— es su alejamiento de Dios. Han querido prescindir de Dios, y Dios, a su vez, les ha dejado abandonados a sí mismos.

Luego de dar este concepto, ha de establecerse una jerarquía de valor entre los elementos que pueden llenar el tiempo de ocio. A la hora de la elección, muchas veces se presentará con carácter de mayor urgencia lo que ocupe lugar más bajo en la escala valoral, como es la actitud pasiva de reposo. Ha de adoptarse esa actitud cuando la realidad la imponga y aceptar con humilde sumisión semejante limitación de posibilidades. Pero no se ha de perder de vista que existen ocupaciones más dignas y más valiosas, como son las que suponen creación del espíritu. Estas deben tener preferencia en la consideración, deben ser las más apetecidas y las que más satisfagan de hecho al individuo.

Finalmente, y teniendo en cuenta que la actividad propia del ocio supone voluntad, y *voluntad libre* en la acción, es necesario lograr que los individuos quieran realizar esas actividades y estén capacitados para realizarlas. Por consiguiente, la tarea educativa de-

<sup>15</sup> Citado por CLAVEQUIN, *loc. cit.*, p. 72.

berá tratar de suscitar interés por ese tipo de actividades, de crear una auténtica necesidad interna que impulse a la realización. Cuántos individuos hay que no apetecen nada, que no aspiran a nada noble, bello y valioso, porque nunca se les ha entreabierto una ventana que les haya permitido darse cuenta de su existencia. Hacer ver, hacer apreciar, hacer apetecer y enseñar a realizar, teórica y prácticamente, he ahí la función del educador.

4. *Algunas de las actividades que pueden llenar el tiempo de ocio.*

Yendo más a lo concreto, hagamos breve referencia a algunas de esas actividades que deben llenar el ocio.

*Actividades religiosas.*—En primer lugar tenemos las actividades religiosas. Son las que más plenamente cuadran al ocio, puesto que, como dice muy bien Pieper, el ocio tiene su origen en el culto. La fiesta es un tiempo que pertenece a la divinidad. Se hace un paréntesis en el trabajo, y el tiempo de la fiesta se consagra a Dios. Y las actividades de ese tiempo son actividades sin utilidad, dedicadas a Dios. Las mismas actividades de diversión nacen en la fiesta y tienen un sentido en la fiesta.

Pues bien, si queremos que los educandos de hoy —hombres trabajadores de mañana— se entreguen con voluntad libre y gozosa a la práctica de actos religiosos, no sólo de los obligatorios, es necesario que les hagamos gustar toda su belleza. Que gusten y entiendan las ceremonias cargadas de significado y esplendor; que entiendan y gusten las fórmulas y textos litúrgicos; que gusten el trato personal e íntimo con Dios. Por aquí es por donde suele fallar la práctica religiosa de nuestros jóvenes. Si es preciso cogerse el alma con las manos para asistir a una práctica obligatoria en condiciones desagradables, el acto resulta un trabajo, y buen trabajo.

*Actividades sociales.*—Pocas cosas hay que den tanta satisfacción como el servicio liberal y generosamente prestado en cualquiera de las múltiples formas de actividad y cooperación social. Quienes han experimentado alguna vez esa satisfacción, quedan prendados de tales actividades. Pero tenemos datos que nos permiten afirmar que son pocos los alumnos finalistas de nuestros colegios que participan en ellas. Y de la mayoría que no las practica, los más afirman que es porque nadie les ha abierto ese camino. Otros, porque no tienen tiempo para dedicarse a ellas, puesto que tienen que dedicar lo

todo al trabajo escolar. Esta última observación, ¿no debe hacernos pensar si no abusamos un poco, y reducimos demasiado, a fuerza de tareas, el tiempo libre de nuestros estudiantes, incluso el de los días de fiesta? Y si no hay tiempo libre, tiempo para el ocio, ¿cómo vamos a formar en las actividades del ocio?

*Actividades culturales.*—Con mucho provecho y mucho placer puede dedicarse el trabajador a actividades culturales. Pero no lo hará si no lo hemos preparado para ello. Entre estas actividades tenemos la lectura. Hoy se lee poco, aun entre las clases intelectuales. ¿No será porque no hemos suscitado en la escuela la curiosidad intelectual, científica; porque no hemos hecho ejercicio de gustar la belleza de unas páginas, de analizar un texto de un autor que tiene un estilo capaz de cautivar, para discernir en él la verdad y el error, si es que lo tiene?

¿Hemos intentado hacer que los alumnos lean revistas consistentes, que gusten de la lectura de los artículos de fondo de los periódicos y no lean sólo la página de deportes? Yo invito a cualquiera que aún no haya hecho esto a que lo haga, y verá qué resultados tan positivos obtiene. Dentro de este mismo capítulo de la lectura, del que tanto podría decirse, ¿damos a conocer a los alumnos la existencia de bibliotecas que están al servicio del público y les enseñamos los sencillos manejos necesarios para entrar a leer o para sacar libros prestados?

*El arte* es otra actividad cultural. El arte es la expresión de la belleza. Y la belleza, gracia que deleita el ánimo. Es, por consiguiente, una fuente de gozo y de elevación del alma. Hay, pues, que enseñar a ver y a gozar del arte. De todo el arte, aun del moderno. Y yo diría que, sobre todo, del moderno. He aquí un capítulo interesante en el que no podemos ni queremos entrar ahora. Pero sí queremos decir que el educador tiene obligación de intentar —digo intentar— ver los valores del arte actual. Ciertamente que los tiene, y, concretamente, el arte religioso. El hecho de que se pueda establecer un acentuado paralelismo entre las características religiosas de este arte y las del románico, es un argumento a favor del valor religioso del arte actual, puesto que todo el mundo admite que el románico es de una acentuada espiritualidad. No sentir lo actual supone no tener un pulso que late al ritmo actual. Y esto tiene particular trascendencia cuando se trata de un educador. Porque, generalmente, las generaciones jóvenes laten a este ritmo. Y si edu-

cador y educando no viven al mismo ritmo, si hay separación entre ellos, en lugar de haber acercamiento, mal podrá realizarse la educación. No hace mucho, decía un padre de familia, educador eminente, apasionado por la música clásica, que estaba tratando de renacer, para captar los valores de la música actual y poder entenderse con sus hijos y vivir al ritmo de ellos. Esta creo que es la actitud correcta, y no la de quien por sistema, sin más razón que porque sí, niega los valores del arte actual y se niega a quererlos ver. Es cierto que el alma de la sociedad actual es muy compleja y que hay obras de arte que proceden de trasfondos sicopáticos. No es de esto de lo que hablamos aquí, sino de lo que es admitido generalmente como bueno por los expertos.

El arte, en sus múltiples formas, tiene, además de la faceta contemplativa, la faceta expresiva. Esta es mucho más rica, qué duda cabe. Nada es comparable al gozo de la propia producción. También, pues, se debe formar para la expresión artística. Y mucho habría que decir de un tema cuya problemática pedagógica ofrece hoy tanto interés.

Del *cine*, actividad que ocupa mucho del tiempo libre del trabajador, nada decimos porque la cabida que está teniendo en los colegios es buena prueba de que nos hemos percatado de la importancia que tiene la educación cinematográfica.

Sí parece más necesario llamar la atención sobre la *radio* y la *televisión*. Son instrumentos que ponen al alcance de cualquiera, aun de los que viven más alejados de los centros vitales de la civilización, una infinidad de posibilidades de ocupación. Y es necesario formar, para que el individuo no adopte una actitud pasiva ante ellas y sea juguete de quienes pretendan explotarlo y abusar de sus pasiones, sino que sepa elegir programas valiosos y criticar lo que se le presente.

La *naturaleza*, con todas sus riquezas y encantos, está ejerciendo hoy una gran atracción para los trabajadores. Pero también es necesario enseñar a utilizarla para sacar de ella todo el partido que ofrece. No será, pues, ni mucho menos, tiempo perdido el dedicado a excursiones. Poner a los alumnos en contacto con la naturaleza no sólo procurará un resultado positivo de presente, sino que ofrecerá ocasión de formación para el futuro.

Relacionado con esto, aunque de mayor trascendencia y más enriquecedor desde múltiples puntos de vista, está toda esa actividad que podemos encuadrar en la categoría de *viajes* o, si se quiere, de *turismo*, distinguiendo entre el turismo que es preferentemente diversión y eso que llamamos viajes de estudio. Es una actividad placentera a la que el mundo se lanza hoy, que puede enriquecer extraordinariamente la formación y la cultura; pero lo hará sólo en la medida en que los hombres estén preparados para ello. Es evidente que no todos los que se paran ante la fachada plateresca de la Universidad salmantina, por ejemplo, ven mucho más que la rana en la frente de la calavera; ni todos los que ven a la gente moza dar vueltas a la plaza mayor, saca del hecho las mismas conclusiones. Al educador le toca, en parte, preparar a sus educandos para esta actividad.

A otras actividades pudiéramos hacer referencia, por ejemplo, a las *deportivas*. Pero éstas son más traídas y llevadas, y aquí nos encontramos con una limitación de tiempo.

##### 5. Reflexión final.

Terminamos con esta reflexión: Si toda esta formación para la vida de ocio es cosa que debe realizar el educador, es evidente que ha de tener un tiempo y un lugar en la escuela. Por desgracia, en los sistemas escolares actuales es tan poco lo que se le concede, que casi hay una exclusión. Casi todo el afán se centra en preparar para unos exámenes, para unas oposiciones, para la técnica de una profesión. Y en ese afán se establece una carrera agobiante. Porque, si adelantáramos alguna asignatura del curso siguiente, nos decimos, cargaríamos un poco a los alumnos, pero podríamos adelantar un curso, llegar mejor preparados a las oposiciones. Y adelantamos asignaturas y cursos y oposiciones. Nosotros, educadores, sabemos que no; que las cosas hay que hacerlas a su tiempo y con tiempo; que lo que importa es madurar y formar. Pero, al fin y al cabo, es más fácil enseñar una asignatura que andarse con todas esas florituras de formación. Y como es eso lo que la gente pide, fácilmente caemos en la tentación de «hablarle en necio para darle gusto», cuando a quienes teníamos que escuchar es a quienes están en condiciones para motivar, con su parecer, la línea de conducta que debiera seguirse. Me refiero a los dirigentes de la técnica y la economía, los cuales parece que, desde su punto de vista, debían reclamar una for-

mación técnico-profesional. Y, sin embargo, son ellos los que levantan la voz para decir que no es eso lo que quieren de los colegios de enseñanza media en el mundo de la economía, sino la formación de la persona.

«Vuestro objetivo fundamental está en desarrollar el espíritu, no en preparar un aprendizaje profesional engañoso», dice Grayson Kirk, decano de la Universidad de Columbia<sup>16</sup>. Y Pigozzi, director general de la empresa SIMCA: «El valor de lo humano es de mayor importancia que las cualidades profesionales en la buena marcha de la industria»<sup>17</sup>.

Gabriel MENCÍA. F.S.C.

---

<sup>16</sup> En Pierre FAURE, S. J., *Au siècle de l'enfant*, 1958, p. 64.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 66.